

## Capítulo Cuatro

### Bajo un Cielo Azul y Despejado

ΛΡΞΘΓΛΤ

Συνερον οι λραι πο Νοτομηνυ πο λα  
Μαελη:sa++r:ινυεανουεα

El bullicio, ruidoso hasta lo violento, y los pasos resonaban incluso en las celdas subterráneas. Aquel día había sido ruidoso desde la mañana. Como esclavos corriendo de un lado a otro, tratando de no disgustar al domador de fieras capaz de matar a alguien con solo un latigazo.

Los soldados en el castillo real estaban preparando un espectáculo a gran escala.

—Hoy es el día de la ejecución...

Sobre el frío suelo de piedra, Feena murmuró sin fuerzas. La atmósfera tensa se sentía también dentro de la celda. La mirada vigilante de los guardias era intimidante. El número de soldados movilizados era incomparable con el de días anteriores.

Escapar sería imposible. El hecho de que no la hubieran maltratado hasta el día de hoy —gracias, en parte, a que Ryuulu y los demás la visitaban regularmente y se aseguraban de que estuviera bien— sugería que Feena tenía algún valor como rehén. Los soldados temían incurrir en la ira del rey de manera excesiva.

No eran tan tontos como para no reconocer el valor de un rehén y eran lo suficientemente astutos como para percibir la inestabilidad del rey en su locura.

Para evitar cualquier movimiento sospechoso, incluso las visitas de Ryuulu y los demás habían sido prohibidas ese día. Feena miró la cadena y el grillete que le ataban una de sus piernas, y luego intentó cerrar los ojos.

Solo deseaba la seguridad de su hermano adoptivo, y juntó sus manos para rezar. Justo en ese momento...

—.....

—¿Eres tú... señorita Elmina?

La amazona visitó la celda de Feena. La sorpresa se reflejó en su rostro antes de dar paso a una expresión de alerta.

—¿Qué haces aquí, apareciéndote en un momento como este...?

—...Antes de que mueras, quería preguntarte algo. —Elmina formuló la pregunta con una expresión indiferente—. Tú y ese payaso... están conectados. ¿Por qué, si no comparten lazos de sangre... cómo logran estar unidos?

Ante esa pregunta, la expresión de alarma en el rostro de Feena se desvaneció. En su lugar, una vez más, la sorpresa se extendió, transformándose en pura confusión. ¿Por qué, en un momento como este, venía a hacerle esa pregunta?

*...¿Conectados? Ahora que lo pienso, esta mujer también tiene una hermana llamada Olna...*

Mientras sus pensamientos se entrelazaban, Feena recordó algo. Cuando conocieron al Rey Lakrios por primera vez, el nombre de Olna había salido de la boca de Argonauta, y más tarde, el ruidoso hermano había mencionado algo al respecto sin que nadie lo preguntara. Decía que había una adivina llamada Olna en el castillo real, quien nunca sonreía.

—...Porque nos entendemos mutuamente. Sabemos lo que el otro quiere, lo que desea. —Después de dudar por un momento, Feena recordó los días pasados con Argonauta hasta ese momento y expresó en voz alta lo que pensaba sinceramente—. Aunque lo regaño y me quejo, nunca se ha impuesto sobre mí. Nos respetamos. Aunque no compartimos lazos de sangre, todo lo vivido hasta ahora nos ha unido como hermanos... Creo que es eso.

Sobre todo, porque sentía que en esos ojos oscuros que la observaban, que no conocían la luz, había algo profundamente sincero, como si escondieran una cierta desesperación.

—Respetarse mutuamente... los días hasta hoy... —Las palabras de Feena fueron reflejadas por Elmina sobre sus labios. Luego, un leve gesto de autocompasión apareció en su rostro—. ...Para mí, eso es imposible.

El rostro, siempre impasible, se llenó brevemente, por un instante fugaz, de tristeza. Feena no pudo creer lo que vio.

Elmina, con los ojos bajos, volvió a su expresión fría en unos pocos segundos, y la guerrera amazona se dio la vuelta rápidamente, alejándose de la celda sin hacer ruido, desapareciendo de la vista de Feena.

—...Esta mujer me ha intrigado todo este tiempo, pero... acaso...

Feena la observó hasta que su figura desapareció por completo, y luego comenzó a reflexionar sobre sus propias palabras.

Antes de participar en la guerra en los «Yermos de Karunga», cuando escuchó las historias de Garms y Ryuulu en el comedor del castillo, Feena también había sentido curiosidad por Elmina. Aun cuando sabía que era una guerrera amazona bastante peligrosa que servía al rey.

Finalmente, Feena susurró el sentimiento que había estado inquietándola.

—¿Será que él y ella se parecen en más de lo que se ve a simple vista...?



—Oye, Argonauta. ¿Cómo te llevas con tu hermana?

Mientras se dirigían hacia la capital, surgió esa conversación.

—¿Qué pasa con esa pregunta, tan de repente? Ah, ya recuerdo, tú tienes una hermana. Esa aterradora amazona.

—...Sí. Tengo una «hermana». No me habla en absoluto, y si acaso, apenas nos vemos... esa es mi «hermana».

Sin intercambiar miradas, ambos simplemente caminaban hacia adelante, cruzando el páramo mientras fingían hablar de cualquier cosa.

—Es algo vergonzoso, pero... aún no sé cómo relacionarme con ella.

—No entiendo bien tus problemas, pero... hmm... —Entonces, el payaso, sin darle mucha importancia, dijo esas palabras y empujó suavemente la espalda de la joven—. Solo mírala directamente a los ojos y dile lo que deseas transmitir. No creo que haya nada más.



Bajo un cielo despejado.

La capital humana, digna de ser llamada un paraíso, se extendía a lo lejos en el horizonte.

—¡Hemos vuelto, capital... para recuperarlo todo!

Argonauta ya sabía que aquella ciudad no era el paraíso que aparentaba ser. Aun así, sonreía, extendiendo ambos brazos sobre el acantilado con la vista panorámica.

—Perdona que te interrumpa cuando estás tan entusiasmado, pero ¿qué vamos a hacer desde aquí?

—El lugar de ejecución es la gran plaza de la ciudad baja. La cantidad de soldados debe ser asombrosa y, seguramente, todo estará lleno de trampas. No planeo perder, pero un asalto frontal podría ser difícil.

Al escuchar las voces detrás de él, se dio la vuelta. Olna, con los codos apoyados sobre ambas manos, y Crozzo, con una mano rodeando su cuello, expresaban cada uno sus dudas y preocupaciones.

—Si deseas rescatar a tu hermana, tendremos que interceptarlos antes de que lleguen a la plaza. Si la llevan hasta el lugar de ejecución, no habrá forma de lograrlo.

Era un razonamiento simple. En la plaza no solo habría una multitud de soldados, sino también una cantidad incontable de civiles. Esa muchedumbre actuaría como una barrera natural, y las miradas de todos se convertirían en ojos vigilantes que captarían cada movimiento de Argonauta y los suyos. Escabullirse con Feena entre miles de personas sería casi imposible.

Así que, como decía Olna, lo mejor era atacar durante el trayecto hacia la ejecución y utilizar los callejones de la ciudad como rutas de escape.

—Obviamente, estarán vigilando rigurosamente en todas partes. ¿Qué dices? Si es necesario, yo podría causar un buen alboroto para distraerlos.

—Hmm, déjame pensar...

Crozzo golpeó la empuñadura de su espada con una mano, mientras Argonauta cerraba los ojos y cruzaba los brazos. Su actitud calculadora tenía un aire teatral que hacía que Olna tuviera una mala corazonada... Hasta que el joven abrió los ojos y, con una enorme sonrisa, declaró:

—¡No haremos nada!

—¿Cómo dices? —tanto Crozzo como Olna expresaron su sorpresa.

La sorpresa que compartían Olna y Crozzo era de lo más esperable.



—¡Argonauta atacará sin duda durante el transporte de la rehén! ¡Informen de inmediato si notan algo extraño! ¡No dejen escapar ni un solo ratón!

La voz firme y sin ninguna pizca de arrogancia del comandante de los caballeros resonó en el patio del castillo. Ante sus órdenes, tan cercanas a un grito, los soldados respondieron al unísono con un decidido «¡Sí!». Evitar que la ira del rey aumentara era la máxima prioridad; de lo contrario, ellos mismos acabarían en el estómago de aquel temible monstruo. Con sus propias vidas en juego, los soldados, bajo sus cascos, patrullaban vigilantes, con la mirada inyectada de sangre por la intensidad de su atención.

Los encargados de llevar a Feena a la plaza, y aquellos que no lo hacían, aguzaban sus oídos y ojos, examinando minuciosamente cada sombra sospechosa, el más leve sonido o cualquier señal inquietante.

—La semielfa ya ha salido de la celda... y, sin embargo, aún no ha hecho ningún movimiento. Los «Candidatos a Héroe» tampoco han mostrado nada extraño...

Mientras los soldados continuaban desplazándose y reforzando la seguridad por todo el castillo, el Rey Lakrios, que se dirigía hacia una carroza frente a la puerta principal, no ocultaba su irritación. Entre las posibilidades de acción de Argonauta estaba no solo el rescate de Feena, sino también el intento de secuestrar al propio rey.

Por eso, numerosos soldados lo rodeaban, estableciendo una formación defensiva.

El Rey Lakrios eliminó exhaustivamente todas las posibilidades concebibles, pero, aun así, no conseguía sentirse en paz. El cielo, con su odioso azul despejado, le daba una inquietante calma que él percibía como la quietud antes de una tormenta, lo cual alteraba incluso a alguien tan astuto y temido como él.

—Si aparece, es ruidoso; si no lo hace, esta incertidumbre devora mi calma... ¡Maldito payaso! —Maldijo el anciano rey con desprecio al subir a la carroza.

—¿Dónde creen que intentará atacar?

Desde otra perspectiva, Ryuulu observaba cómo partía la carroza que llevaba al rey y sonreía de medio lado.

—Pareces estar disfrutando, trovador...

—Nos han alejado de Lady Feena y, encima, nos vigilan. ¿Qué otra cosa nos queda más que divertirnos o cantar? —Ryuulu le devolvió una sonrisa a Garms, que lo miraba con cara de resignación.

Se encontraban en el corredor del cuarto piso del castillo, junto a una de las ventanas. Tal como había dicho el trovador, Ryuulu, Garms, y Yuri, quienes habían estado actuando junto a Argonauta, habían sido separados de Feena.

Su situación ahora era extremadamente delicada.

El rey y los soldados los consideraban una fuerza valiosa y poderosa que querían retener para el futuro, pero también reconocían que podrían colaborar en una posible fuga de Feena, tal como sucedió con el escape de Argonauta. No podían deshacerse de ellos por razones políticas, aunque quisieran.

Por ahora, reprimían su rebeldía y seguían en silencio, pero seguían siendo una amenaza potencial y la segunda mayor preocupación después del propio Argonauta, quien no había mostrado su cara aun. El Rey Lakrios no dejaba desatendido a este factor perturbador; actualmente, incluso mantenía a Elmina vigilándolos.

*Si intentamos algo extraño, lo interpretarán como una pista para localizar a Don Ar. Y si él intenta acercarse a nosotros, Doña Elmina lo eliminará sin hacer ruido.*

Aquella asesina que los observaba en silencio desde las sombras del largo corredor daba auténtico pavor.

Ryuulu estaba en una situación que equivalía a tener una fría cuchilla rozándole el cuello. Interiormente, temblaba de miedo



mientras pensaba: «Oh, qué miedo, qué miedo», pero no lo dejó ver en su expresión.

Más bien, con un tono alegre, continuó la conversación a sabiendas de que sería escuchado. Si lograba atraer un poco más la atención de Elmina y provocar algo de desconcierto, sería una ventaja. ¡Después de todo, ni siquiera los dioses sabían lo que el payaso estaba a punto de desatar!

—Conociendo a Don Ar, seguramente nos dejará sin aliento con algún método inesperado, —dijo.

—...Lo normal sería que, en cuanto la rehén ingresara a la ciudad, aprovechara la multitud para causar un alboroto y se valiera del caos, —respondió Yuri, que hasta ese momento había guardado silencio, sin contradecir con desgana lo dicho, y exponiendo el camino más lógico a seguir. A pesar de que no le agradaba la situación, el joven hombre lobo, quien de todos en el lugar tenía la relación más estrecha con Argonauta, entrecerró los ojos con agudeza mientras observaba la ciudad desde las alturas—. ...Pero, tratándose de ese payaso, seguramente ya debe estar cerca.



—¡Y así es como entramos al castillo con facilidad! —exclamó una voz despreocupada que resonaba dentro del castillo.

Sin que el rey ni los soldados lo advirtieran, Argonauta ya se había infiltrado en el interior.

—¡Es un clásico que el castillo tenga un «pasadizo secreto» para evacuar a los miembros de la realeza en caso de emergencia! ¡Sabía que la conocedora Olna nos diría lo que sabía!

—Bueno, me fastidia un poco que todos piensen que yo sé ese tipo de cosas, —respondió Olna, con gesto molesto.

Era precisamente por esta razón que Argonauta podía continuar riendo y actuando tan despreocupado. Junto a él, Olna mostraba una expresión de insatisfacción mientras le guiaba por el «pasaje exclusivo de la realeza» que conectaba el castillo de Lakrios con el exterior.

Argonauta, quien aún sentía la mirada acusadora de la joven clavarse en él, buscaba en el lugar revolviendo los alrededores. En eso, llevó su mano derecha a su barbilla, pensativo, y murmuró:

—Hmm. Sin embargo, es curioso que no haya soldados apostados en el «pasaje secreto». Pensé que el enemigo también sabría que tú conocías esta ruta.

—Claro que lo saben. Pero nadie imaginaría que nos dirigiríamos al almacén del castillo, en la dirección opuesta a la celda de la rehén.

Estaban en la «bodega subterránea», que parecía más un arsenal. Mientras la mayoría de los soldados salían del castillo, Argonauta y su compañera se habían infiltrado hasta llegar a esa zona, moviéndose como si estuvieran rodeando al rey y apuntando a sus puntos ciegos.

Crozzo no estaba con ellos; se habían separado antes de dirigirse al pasaje secreto hacia el castillo, y ahora seguía un camino diferente.

—Además, me imagino que han separado a algunos soldados por miedo a que abandones a tu hermana para rescatar a la princesa, —comentó Olna.

—¡Qué insulto! ¡Jamás abandonaría a mi querida hermana menor! ...Pero, al parecer, ese rey tampoco es un necio, —replicó Argonauta.

Al principio, Argonauta había expresado sus sentimientos de hermano con gran exageración, pero pronto su rostro se volvió serio al compartir su opinión sobre el anciano rey. Aunque con el asunto de la bestia toro había perdido el control parcialmente, Argonauta ya había caído en una trampa del Rey Lakrios. Con muchos años de

experiencia, más del doble de los que el chico de cabellos blancos tenía, ese gobernante cruel y astuto había guiado a la nación a través de múltiples adversidades. Sin duda, no era alguien a quien se pudiera subestimar.

—...¿Y bien? ¿Qué estás buscando en esta bodega? —preguntó Olna, con la mirada entrecerrada.

Entre ruidos de objetos moviéndose y golpes sordos, Argonauta seguía investigando entre estanterías y cajas de madera, aprovechando la ausencia de soldados. La joven lo miraba con una expresión molesta mientras él continuaba revolviendo; sus nalgas balanceándose de un lado a otro.

Por un momento, la chica sintió la tentación de darle una patada en el trasero.

—Bueno, en realidad estoy buscando algo... ¡Oh, aquí hay una buena armadura! Me la llevaré.

—Esa es la mejor armadura del reino... Me sorprende, así pareces un ladrón, —respondió Olna, suspirando.

Argonauta, tras encontrar una pieza de armadura dorada, comenzó a dismantelarla y ajustarla para que le quedara mejor. Su desparpajo hizo que Olna suspirara una vez más, mientras él sonreía ante su queja y empezaba a revisar otras prendas ceremoniales y de gala guardadas junto con las armas, combinándolas con una destreza casi digna de un sastre de la nobleza.

—Piensa en esto como un gasto necesario para lo que estoy a punto de hacer. Solo por esta vez, también me interesa la «apariencia».

—¿.....? ¿De qué hablas?

—Olna, ¿qué crees que la gente utiliza para juzgar a un «Héroe»?

Olna frunció el ceño, desconcertada, mientras miraba la espalda de Argonauta.

—...¿No es por su poder o por las grandes hazañas que ha logrado? —preguntó Olna.

—Si se tratara de un verdadero héroe, así es. Pero cuando las personas juzgan a alguien a primera vista, lo primero que ven es su «apariencia», —acotó Argonauta.

Sin esperar a que Olna comprendiera, Argonauta comenzó a quitarse la ropa, dejando su torso desnudo. Ante la inesperada visión, el rostro de la joven se ruborizó. Olna, completamente rígida como una inocente doncella sin experiencia, apartó la mirada de golpe y giró su cuerpo apresuradamente.

—Yo creo que se trata de la «apariencia» y la «voz», —continuó Argonauta, aun de espaldas a Olna, que estaba roja hasta las orejas. Ni sus manos ni su boca se detenían—. En el momento de expresar palabras, en el instante en que uno comunica su voluntad, la «apariencia» siempre tiene importancia.

Con el sonido de las telas deslizándose, Argonauta terminó de cambiarse, sin mostrar ni un atisbo de consideración por la vergüenza de la joven.

—En otras palabras, si se cumplen esos requisitos, aunque en el fondo uno sea un simple «payaso», pueden llegar a creer que es un «Héroe».

—...¿Hacerlos que crean que es un «Héroe»...? —murmuró Olna, algo confundida.

Finalmente, Argonauta se colocó los guanteletes dorados y las rodilleras, y con un sonido seco, echó la capa negra sobre su espalda. Sintiendo la presencia de la Espada del Espíritu siendo reemplazada en la cintura del chico, Olna, que hasta ese momento seguía ruborizada, finalmente se giró con cautela para mirarlo de espaldas.

El joven, envuelto en su capa, parecía ajustar la armadura con pequeños movimientos precisos, como asegurándose de que todo encajara bien. Luego, reanudó su exploración por la bodega.

—Sin embargo, parece que no logro encontrar lo que busco. Con el fuerte «olor a sangre», debería estar en este arsenal, —murmuró Argonauta, olfateando insistentemente.

Extendió la mano hacia una caja de madera más grande que un barril, en el rincón más apartado de la bodega. Allí se detuvo.

—Aquí está. —Sonrió levemente.

Olna, intrigada, se acercó y miró dentro de la bolsa. Sus ojos se abrieron con sorpresa al ver el contenido. Sin prestarle atención, Argonauta metió «eso» en un saco de arpillera que encontró a mano.

—Vamos, Olna. Todo está listo. —Se giró con una amplia sonrisa, cargando el pesado saco sobre su hombro derecho—. ¡Vamos a rescatar a Feena! ¡A declarar la «guerra»... y a dar el anuncio de una «comedia» sin igual!



El cielo estaba realmente azul, despejado y luminoso. Al mirar hacia arriba, podía sentirse absorbida junto con los pensamientos que se anidaban en su pecho.

—¡Camina de una vez! —gritó alguien.

—..... —Feena fue empujada con brusquedad y cayó al suelo. El cielo desapareció de su vista, reemplazado por el frío empedrado que raspó sus codos y rodillas. Sin embargo, no gritó. Con el cabello color ámbar polvoriento por los últimos días, bajó la mirada, sacudió la cabeza y usó sus manos encadenadas para volver a ponerse de pie.

—¡Ahí viene! ¡La mestiza!

—¡¿Dónde está tu maldito hermano?!

—¡Devuélvannos a la princesa!

Pronto, el griterío de la multitud la rodeó por completo. Personas, personas, y más personas. La plaza frente al castillo de Lakrios, la más amplia de la ciudad, estaba abarrotada con los habitantes de la capital.

Cuando Feena apareció, todos los presentes le lanzaron insultos. Sin embargo, entre toda esa multitud enfurecida, una niña pequeña —la misma que había recuperado su amuleto de un joven de cabello blanco— parecía asustada por los gritos y comenzaba a llorar.

Frente a ese tumulto de voces cargadas de odio, Feena se mantuvo erguida, sin pedir perdón ni misericordia.

—Mi rey, los preparativos para la ejecución están completos, —informó un hombre en una pequeña torre en el centro de la plaza.

El caballero comandante llegó a la tribuna improvisada, bajo la cual se hallaba el asiento de honor del rey.

—Sin embargo, Argonauta aún no se ha presentado...

—Ese miserable, ¿habrá abandonado a su hermana?

Ante el susurro del caballero comandante, el Rey Lakrios frunció el ceño. Sentado en su trono, miraba con frialdad a Feena mientras ella subía al cadalso.

—¿Qué ordena, mi señor? —preguntó el comandante.

—...Ejecuten la sentencia. Que sea un ejemplo. Que todos sepan que nadie puede desafiar a este rey y vivir como si nada.

—¡Entendido! —El caballero comandante obedeció la orden y se dio la vuelta rápidamente.

Mientras el Rey Lakrios observaba con frialdad, el comandante de los caballeros descendió de la torre y subió al cadalso.

—¡A partir de ahora se llevará a cabo la ejecución de Feena, hermana del traidor Argonauta! —anunció.

El cadalso de madera era amplio, con un ancho de diez metros y una profundidad de la mitad, casi como si fuera el escenario de una obra de teatro, si no fuera por los soldados armados y el verdugo encapuchado con su enorme hacha.

Con la proclamación del comandante, la multitud estalló en vítores. Feena finalmente alcanzó la cima de las escaleras del cadalso y fue colocada frente a los espectadores.

—¡Su crimen es ser la hermana del traidor! ¡El hombre que es culpable de raptar y secuestrar a la princesa! ¡Y esa culpa recae sobre toda su familia y amigos!

Cada palabra del comandante de los caballeros acusaba a Feena de crímenes sin fundamento, avivando aún más el enojo de la multitud. Entre los soldados que rodeaban el cadalso, Yuri y Garms apretaban los puños, mientras que incluso Ryuulu no podía ocultar su disgusto ante la humillación de su compañera.

—¿Tienes alguna última palabra? —preguntó el comandante.

—... Juro por la sangre de los elfos que corre por mis venas que no he cometido ningún crimen. ¡Mi hermano tampoco ha secuestrado a la princesa!

—¡Cállate, bruja mentirosa! ¡Cuando tu cabeza sea cortada, pagarás por los crímenes cometidos!

La firme respuesta de Feena fue rápidamente silenciada por el comandante, siguiendo un guion ya planeado. Los soldados comenzaron a rugir y la multitud, manipulada por la desinformación, sumó sus gritos al clamor general.

Excepto por Yuri y sus compañeros, no había nadie en el lugar que estuviera de su lado. La escena era como una cacería de brujas, y Garms frunció el ceño con indignación.

—Si él no aparece, yo me lanzaré al ataque, —dijo Garms con determinación.

—¡.....! —exclamó Yuri.

—.....

Mientras los gritos de los soldados resonaban en el ambiente, Yuri también se preparó para la batalla, y Ryuulu, abrazando su lira, observaba la escena en silencio.

—Ar... ¿qué es lo que planeas hacer? —murmuró Crozzo entre la multitud que agitaba sus manos.

Tras haberse separado de Olna y Argonauta frente al pasaje secreto del castillo, el joven herrero se mezcló con la multitud, ahora fruncía el ceño.

—¡Verdugo, da un paso adelante!

El momento llegó poco después. Un hombre corpulento, cubierto con una capucha negra y sosteniendo un hacha en ambas manos, avanzó con paso firme. El olor a sangre impregnaba el aire, testimonio de su crueldad, marcado en su enorme cuerpo. Probablemente un sádico y un trastornado, un hombre atrapado en el placer de la sangre; sus ojos reían desde las aberturas de su capucha.

Feena, incapaz de contenerse, desvió la mirada. Los soldados tiraron de las cadenas que la sujetaban y la obligaron a arrodillarse. Ella no resistió. De todas formas, no tenía fuerzas tras pasar días encerrada en la celda.

—¡Bruja maldita!

—¡Paga por tus crímenes!

—¡¿Cómo se atrevieron a hacerle eso la princesa?!

Incluso mientras le colocaban los grilletes, las palabras llenas de odio seguían lloviendo sobre ella. Insultos la golpeaban desde todas las direcciones, y Feena cerró los ojos lentamente.

*Escucho las voces insultándome. Están llenas de rencor.*

En el oscuro mundo tras sus párpados, los sonidos se alejaron.



*El odio de estas personas es aterrador, hace que mi cuerpo tiemble. Prometí no llorar hasta el final, pero siento que me estoy quebrando.* Mientras se hundía en lo más profundo de su mente, la joven, orgullosa de su sangre de elfo, no podía evitar sentir miedo. Hasta hoy, jamás había cedido a un torbellino tan oscuro de malevolencia. *Pero...*

Aun así, Feena no lloró.

*El cielo está tan azul... como aquel día cuando lo llamé «hermano» por primera vez.* Abrió los ojos y contempló el vasto cielo azul. Recordó a aquel chico que le sonrió, incluso después de haber perdido el amor, haber sufrido la tristeza y enfrentado la injusticia. Con el rostro encendido y una voz débil, le llamó «hermano».

Esa sonrisa compartida era un recuerdo precioso, y los labios de Feena esbozaron la misma suave sonrisa de aquel entonces.

—Por eso, no tengo miedo, —susurró suavemente, rodeada por el aluvión de insultos.

Solo el verdugo, que se detuvo a su lado, alcanzó a escuchar esas palabras.

El gigante de la capucha, cuyo rostro era un misterio, frunció el ceño con evidente desagrado y luego se relamió con sadismo.

*Hermano, por fin aprendiste a leer el ambiente. Qué bueno. Estoy segura de que ahora estarás bien sin mí.*

Las esposas y cadenas inmovilizaban a Feena, restringiendo todos sus movimientos. La sombra del hacha levantada se cernió sobre la indefensa joven.

*Esta vida que salvaste tú, la devuelvo. Así que, por favor...*

Cuando el momento carmesí se aproximaba, el fervor del público comenzó a titubear. Los soldados se tensaron, y el viejo rey

entrecerró los ojos. El hombre lobo y sus compañeros, listos para actuar, posaron sus manos en sus armas.

La asesina, sin perder detalle, preparó su arma. En ese instante, el mundo entero, el tiempo mismo, pareció ralentizarse.

—¡¡Hazlo ya!! —gritó el capitán de los caballeros.

La joven sonreía hasta su último momento.

—...Por favor, aunque seas solo tú...

El filo del hacha resplandeció bajo la luz del sol, un destello justo antes de caer con el golpe letal que iba a decapitarla.

Y justo después...

—¡Detengan esa ejecución!

Un destello de luz se deslizó en un instante, y un grito cortante resonó en el cadalso.

—¡¡!!

El fuerte y metálico sonido que detuvo el hacha resonó en el aire.

Los primeros ojos en abrirse con sorpresa fueron los de la joven mestiza. Luego, el capitán de los caballeros, el viejo rey, el hombre lobo, el enano, la amazona y la multitud en su conjunto quedaron estupefactos.

Observando esa escena y sonriendo estaban el herrero y el trovador.

—¡Suelten a Feena!

La espada que no permitió el final de la joven brillaba en un resplandeciente tono dorado.

Los ojos del verdugo, llenos de asombro, se encontraron con una mirada profunda y carmesí. El color del cabello que ondeaba con fuerza junto con su capa negra era de un blanco puro.

—¡¡Argonauta está aquí!!

El payaso había irrumpido en el escenario.

—¡¡Así que apareciste, payaso!! —exclamó el Rey Lakrios, recuperándose de su sorpresa y poniéndose de pie de un salto. Su sonrisa maliciosa dio paso a una bienvenida irónica mientras lo miraba con fiereza desde lo alto de la torre.

—¿Quién es ese?!

—¿Podría ser... ¡Argonauta!?

—¿Ha venido a rescatar a su hermana?

La multitud, congregada frente al cadalso, estalló en un murmullo de desconcierto. Argonauta dejó caer el bulto envuelto en tela que llevaba a su lado y, con un ligero movimiento de su Espada del Trueno en la mano derecha, hizo que el verdugo, quien intentaba empujar el filo una vez más, se tambaleara hacia atrás, a punto de caer de espaldas.

Sin detenerse, Argonauta blandió su espada en un movimiento que parecía un simple giro de batuta. Un rayo de luz cruzó el aire, rompiendo los grilletes y cadenas que aprisionaban a Feena.

—Her, mano...

—Perdón por la demora, Feena. He venido a salvarte.

Feena, liberada, se levantó con dificultad, alzando la vista. Frente a ella estaba su hermano, siempre sonriente, siempre optimista. Las cejas de Feena, que hasta ahora no habían cambiado de su expresión de sorpresa, se fruncieron.

—¿Por qué... por qué has venido?! ¡Y yo que al fin podía devolverte el favor por tu amabilidad! —exclamó, dejando que el enojo fluyera en sus palabras—. ¡¡Solo quería que tú vivieras!! ¡¿Por qué te arriesgas así?!

Era un amor fraternal tan profundo que se transformó en ira. La chica, que alguna vez fue salvada por él, había intentado devolverle

el favor con su propia vida, y allí estaba él, ajeno a sus intenciones, riendo.

—¿De qué estás hablando, Feena? —Sonrió con gentileza para extinguir su dolor, el cual no podía ocultarse tras su ira. Con el mismo cariño y amor de la hermana, con un afecto más profundo que cualquier otra cosa—. Al igual que aquel día, hoy el cielo está azul. Así que, por supuesto, vendría a salvarte, *hermanita mía*.

—..... —Una lágrima brotó en la esquina del ojo de la chica, quien había jurado no llorar.

—¡Vamos, sonríe! ¡Curva esos labios! ¡Las lágrimas no le sientan a alguien como tú, tan bella como una flor!

—...¡Eres un tonto! —sollozó Feena.

Mientras Argonauta abría los brazos con una sonrisa radiante, las lágrimas finalmente rodaron por las mejillas de Feena.

—¡Sabía que vendría! —exclamó Ryuulu con entusiasmo al ver la escena de Argonauta regresando por ese «uno». Tañendo el laúd, rompió el silencio que lo envolvía.

—¿Pero qué va a hacer...?

—¡Ya estamos en medio de territorio enemigo! No solo es casi imposible rescatar a la rehén, ¡también lo es escapar!

Murmuraron Garms y Yuri, preocupados. Observaban a los soldados que rodeaban el cadalso, inclinándose hacia adelante con inquietud.

—Incluso si lograra abrirse camino, podría dañar a los civiles... es una situación sin salida, ¿no? —se lamentó Crozzo entre la gente, frunciendo el ceño ante el alboroto.

Mirando con recelo la multitud de soldados y la muchedumbre que los cercaba como una «doble jaula».

—Qué idiota... —murmuró Elmina con desprecio y voz fría al ver la imprudencia de Argonauta.

—Nos has hecho esperar bastante, Argonauta... —dijo el Rey Lakrios, poniéndose de pie en la torre, mientras el bardo y los guerreros reaccionaban de distintas maneras a la aparición del protagonista principal de la ocasión.

El ruido de la multitud se desvaneció poco a poco, como si una ola se hubiera retirado, para escuchar las palabras del rey.

A pesar de la voz áspera del anciano, esta resonó en todo el cadalso.

—Y aun así, aquí vienes como si nada... sigues siendo un necio.

—Veo que desde la última vez que nos vimos, ha envejecido bastante, Su Majestad. ¿Acaso algo lo ha tenido preocupado? —respondió Argonauta, desafiante, alzando la vista hacia la torre mientras protegía a Feena detrás de él y sonreía al rey.

—Antes de que corte esa lengua tuya junto con tu cabeza, dime... ¿dónde está Lady Olna?

—¿Quién sabe? Tal vez esté entre la multitud, observándonos con gran expectación, —respondió Argonauta con calma, lo que hizo que el Rey Lakrios frunciera el ceño con odio.

—.....

La chica en cuestión, oculta entre la multitud en una posición distinta a la de Crozzo, miraba a Argonauta y a los demás sin disimular su preocupación. Llevaba una túnica que le cubría la cabeza y ocultaba su piel morena, haciéndola casi imposible de reconocer entre la masa de gente.

De hecho, aunque se la buscara desde la torre, su ubicación era indetectable.

—¡Ja, ja, ja...! ¡Lo confesaste tan fácilmente! En ese caso, ya no tengo necesidad de ti, —rió el Rey Lakrios, como si finalmente se hubiera librado de una preocupación.

Obtenida la información que buscaba, ya no había motivo alguno para que dejara vivo al payaso, que ahora era un criminal en la capital.

—Esa armadura que robaste del castillo, aunque no te queda, te la dejaré para que sea tu vestimenta fúnebre. ¡Adelante, soldados! —ordenó, y su mandato resonó con fuerza.

Con el estrépito de las pesadas botas, los soldados comenzaron a subir al cadalso uno a uno. Liderados por el verdugo, que estaba irritado por la interrupción de la ejecución, muchas armas rodearon a Argonauta.

—¡Hermano...! —exclamó Feena, esforzándose por ponerse en pie a pesar de su agotamiento.

Para tranquilizarla, la mano de su hermano la detuvo con suavidad, asegurándose de que no intentara levantarse.

—¿Eso es... acaso...?

Yuri y Garms, que se habían lanzado hacia adelante solo para ser detenidos por los brazos extendidos de Ryuulu.

Mientras ignoraba las miradas de reproche del hombre lobo y el enano, los ojos del bardo se centraron en la «Espada Dorada» en manos del joven.

—...Bien, empecemos. He obtenido este poder para este preciso momento, —declaró Argonauta sin rastro de miedo.

No había ni duda ni temor. Solo había voluntad.

Superando aquella noche lluviosa en la que, sin poder salvar a la princesa, fue protegido por su hermana y los demás y se vio obligado a huir de manera miserable sin rescatar a «uno», Argonauta había regresado.

Sin importar cuántas veces fuera engañado por otros, utilizado por el rey o manipulado por los planes de muchos, volvió con una sonrisa que nadie podría arrebatarse.

Así que era el momento de comenzar. Hoy era el día en que se anunciaba la «Partida del Mito».

—¡Vamos, «Espada del Trueno»! —gritó Argonauta, levantando la espada del trueno en alto y haciendo sonar la campana de apertura.



La obertura: «Mil Truenos».

Bajo un cielo despejado, los relámpagos se alzaron como señal. Una corriente dorada de electricidad danzaba y cantaba, cautivando las miradas de todos. El instrumento era la espada, la batuta era también la espada, y lo que resonaba era el trueno.

El intérprete, sin duda, era el payaso.

El nombre de este hombre audaz y arrogante, quien también hacía de actor, era Argonauta. Incapaz de contener la alegría, la emoción y la determinación de la lucha, el payaso salió de entre bastidores.

Con una sonrisa en su rostro, su cabello blanco ondeaba mientras sus ojos carmesíes brillaban junto al destello del rayo.

Un paso veloz, dos giros rápidos, la danza celestial todavía aguardaba.

Lo que siguió fue un enfrentamiento despiadado con un sinnúmero de soldados. Nadie podía atraparlo. Nadie podía alcanzarlo. Era rápido como un viento blanco y afilado como un rayo.

Su capa negra ondeaba y, al esquivar las armas que se cruzaban en su camino, brotaban destellos de rayos como flores a cada paso.

Cascos estallaban, armaduras se destrozaban, y los soldados caían uno tras otro.

La multitud, mirando el espectáculo, se quedó sin palabras, cautivada por aquel destello dorado. No había aplausos. No había vítores. La canción y melodía de truenos que el payaso mismo levantaba era la de «Mil Truenos» en sí.

Era una ópera más cómica y grandiosa que cualquier otra: una obra heroica. Así que la actuación llevaba el título de «Comedia del Héroe».

—¿¡Guwaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaahhhhhhhhhhhhhhhhh!!?

Los gritos de los soldados se alzaron, persiguiendo la sinfonía de truenos que había dejado al mundo atrás. En el cadalso, estalló una escena de combate instantáneo. Los únicos que lograron seguir el total de los cuarenta y ocho destellos de los cortes fueron el hombre lobo y sus compañeros, que miraban, atónitos.

Argonauta, quien se había convertido en un relámpago en sí mismo frente a los soldados, los derribaba a todos.

—¿¡Qué-qué...!? ¿¡Quién demonios eres tú!? —balbuceó el verdugo, cuyo rostro grotesco y amenazador, expuesto bajo la luz del día al volarse su capucha negra por el impacto de la tormenta de rayos, se distorsionaba de terror.

Los soldados que habían cargado sirvieron de muro, y de alguna manera el verdugo había quedado solo. Quizás era afortunado o tal vez desafortunado. La hermosa semielfa que debería haber matado ya no estaba a su merced, y no podría llevarse de vuelta su cabeza como trofeo. Todo su sadismo quedó sin propósito.

El pánico y la rabia se mezclaron en el hombre, que se lanzó a atacar bajo el impulso de ambas emociones.



—...¿¡Ggeh...!?

Pero fue derrotado de un solo golpe. Argonauta, quien detuvo con facilidad la enorme hacha que el verdugo blandía desde arriba usando la «Espada del Trueno» con una sola mano, repelió el golpe y en el mismo movimiento devolvió el ataque, cortando el cuerpo del verdugo.

El corpulento cuerpo del hombre se elevó como si no pesara nada, atravesando el cadalso para caer estrepitosamente entre los soldados que huían aterrados.

—¿Qué...?! —El Rey Lakrios abrió los ojos de par en par ante el espectáculo de la tormenta de rayos desatada en solo unos instantes—. ¿Rayos?! ¿Acaso... es el poder de un espíritu?!

Elmina también quedó asombrada, y al mismo tiempo identificó la increíble naturaleza de ese relámpago.

—¿He-hermano...? —Feena, protegida tras su espalda, lo miraba atónita, apenas reconociendo a su hermano en aquella figura valiente.

—¡Ahora tengo el «Favor del Trueno»! ¡Si no quieren ser reducidos a cenizas, retírense de inmediato! —exclamó Argonauta, blandiendo la espada mientras proclamaba.

El viento cargado de electricidad recorrió la plaza con un sonido triunfal, y tanto los soldados como la multitud no tuvieron más remedio que aceptar la verdad de sus palabras.

—¡No-no me hagas reír...! ¿Crees que te dejaré escapar de aquí?!

El que levantó la voz, exasperado, fue el Rey Lakrios, que se encontraba en la pequeña torre.

A pesar de estar alterado por los imprevistos, el anciano rey comprendía con precisión el «tablero» que se extendía ante él y respondió con firmeza.

—¡Eso es! ¡Tú, Argonauta, eres el criminal!

—¡Te llevaste a la princesa!

Los que lo apoyaban eran los fieles ciudadanos del rey.

Para ellos, que habían sido protegidos hasta ese día por el paraíso de la capital real y el gobierno del rey, estaba claro a quién debían considerar como su aliado desde el principio. Ni hombres ni mujeres estaban dispuestos a perdonar a un criminal forastero.

—Aunque tengas el poder de repeler a los soldados, el número de enemigos que enfrentas es abrumador. La población, manipulada con información falsa, no cambiará su percepción sobre ti. —Entre los insultos que se arrojaban, Olna se aferró el pecho con su mano derecha.

Para los habitantes de esta tierra, la diferencia en confianza entre un extraño y su gobernante era tan grande como el cielo y la tierra. Por más íntegro que fuera, una vez que el gobernante decidía que alguien era «oscuro», era un criminal.

El jardín amurallado del rey demandaba un desenlace de crimen y castigo.

Era casi imposible cambiar esos malos sentimientos y la narrativa que el rey había escrito.

—¿Qué harás, Argonauta...? —La joven, preocupada por el muchacho, murmuró sin esconder su inquietud en ese momento.

—¡Escuchen, todos los que habitan en la capital real!

—¡¡!!

Una «voz alta y clara» como nunca antes resonó en todos los rincones de la plaza, sorprendiendo a la gente.

—¡He venido aquí para demostrar mi inocencia!

La «voz» de Argonauta se escuchaba con claridad.

La «apariencia» de Argonauta, quien vestía la armadura más prestigiosa del reino, realmente lucía como la de un «Héroe».

Con la espalda recta, envuelto en una falsa «majestuosidad real», capturó la mirada y el tiempo de todos.

—¡No fui yo quien se llevó a la princesa! ¡Hay otro culpable!

Aquella era una voz tan poderosa que detuvo los insultos, dotada de una habilidad propia de un líder que podía generar un silencio y cambiar el ambiente.

Aunque su interior fuera el de un «payaso», tenía la «presencia» que hacía creer a todos que era un «Héroe».

El discurso de su vida: un payaso proclamando ser un Héroe y alardeando como un rey.

—¡Entonces, ¿quién es el culpable?!

Uno de los ciudadanos, sobrepasado por la autoridad de su presencia, reaccionó sorprendido y preguntó apresuradamente.

Mientras todos contenían la respiración, atentos al desenlace de esa pregunta, él respondió:

—El «Minotauro». —El payaso con espíritu de Héroe proclamó con orgullo.

—¿Eh...?

—¡El verdadero responsable es el «Minotauro»! ¡Ese temible monstruo toro se ha llevado a la princesa! —Declaró con total majestuosidad frente a la atónita multitud.

—¿Qué...?

Quienes quedaron sin palabras fueron Olna, Feena, Crozzo y Yuri, junto con los demás «Candidatos a Héroe».

Incluso sus aliados no podían creer lo que oían, mucho menos la multitud.

—¡He estado luchando hasta hace unas horas para salvar a la princesa!

—¡Ja... jajajajajajajá! ¡¿Que un monstruo se llevó a la princesa?! ¡Eres un papanatas! ¡No digas tonterías!

Mientras Argonauta continuaba proclamando sus extravagancias ante la sorprendida multitud, el Rey Lakrios se reía a carcajadas desde la pequeña torre.

Cuando se mencionó el «Minotauro», el rey se mostró apenas inquieto por un instante.

La bestia de combate, devoradora de carne y monstruo otorgado por los dioses, un secreto oculto por la familia real, podía salir a la luz. Por un instante, temió esa posibilidad.

Sin embargo, aun si se revelaba, nadie creería en una historia tan absurda.

Al menos sus adorados y necios súbditos no la creerían. Probablemente la despreciarían como una invención ridícula y le arrojarían piedras.

Tanto el paraíso lleno de luz como la realidad oscura estaban demasiado distantes entre sí.

Era un acto desesperado de acusación, o quizás, una espectacular autodestrucción.

Las palabras y acciones de Argonauta, tan absurdas que no se podían describir más que como una comedia, provocaron que el Rey Lakrios se sacudiera de la risa, su garganta y su abdomen temblando repetidamente.

—¡Un monstruo devorador de personas jamás haría algo así! ¡Qué tontería de mentira!

—¡Así es, tal como dice el rey!

—¿Acaso estás insinuando que la bestia se enamoró de la princesa?!

—¡Ridículo!

Los ciudadanos asentían mientras el anciano rey, con ambas manos sobre la barandilla, se inclinaba desde la torre, y los gritos de burla resurgían, arrojando insultos al hombre de pie sobre el cadalso.

Sin embargo, el payaso, ya acostumbrado a las burlas y abucheos, no se acobardó.

—No, ¡es cierto, mi rey! ¡Como prueba, tengo una «reliquia» y un «último mensaje»!

—¿«Reliquia»? ¿«Último mensaje»...?

Al contrario, con el pecho inflado de confianza, Argonauta preparaba la «siguiente bomba».

El Rey Lakrios frunció el ceño, extrañado ante las palabras de Argonauta dirigidas hacia la pequeña torre.

El rey no lo sabía.

No sabía qué había tomado Argonauta junto con la mejor armadura del país antes de presentarse allí.

Solo Olna lo sabía: la existencia de aquella «carta de triunfo» oculta detrás de su insoportable confianza.

Justo delante de Feena, quien estaba siendo arrastrada por los acontecimientos, y en la dirección donde la adivina Olna fijaba sus ojos con sorpresa, Argonauta tomó el bulto envuelto en tela que había dejado a sus pies desde que apareció en el cadalso y lo alzó con su mano derecha.

—¡Ciudadanos, observen! ¡¡Esta es la prueba!! —Entonces lo levantó.

Clavó la «Espada del Trueno» en el suelo a sus pies y, con su mano izquierda, retiró la tela blanca con un movimiento enérgico.

En un instante...

—¿¡Eek!?

La multitud se estremeció con gritos de horror.

—¡Eso es...!

Incluso Garms y sus compañeros dudaron de sus propios ojos.

—¿Un gran casco... cubierto de sangre? —Hasta Crozzo murmuró con los ojos bien abiertos ante el objeto que tenía frente a sus ojos.

Lo que Argonauta sostenía frente a la multitud desde el cadalso era un «gran casco especial», cubierto de una espesa capa de sangre oscura.

—¡No puede ser! —Yuri, sin querer, dio un paso adelante.

Como si estuviera viendo el futuro, fue inevitablemente atraído hacia el lugar donde se encontraba el payaso. Argonauta, quien había borrado su sonrisa y se mantenía erguido con una postura solemne como ninguna otra, proclamó:

—Así es, este es el yelmo del General Minos, ¡la «reliquia» que quedó de su equipo!

Olna sintió un escalofrío recorrer su piel, tal como lo había imaginado. El hombre, en su papel de payaso, lanzó esa «bomba».

—¡Debo decirles a todos...! ¡El General Minos ha muerto!

El silencio duró un instante. Comprender el significado de esas palabras para el mundo fue solo cuestión de otro instante. En el

siguiente segundo, tal como la chica había predicho, la plaza frente al castillo real estalló.

—¡No puede ser!

—¡¡Es mentira!!

—¡¡No, el General Minos...!!

—¿El guardián del paraíso... ya no está?

Gritos de pánico, voces de furia, y una confusión sin precedentes se arremolinaban en un torbellino. Los soldados, aturdidos por los gritos ensordecedores de la multitud, retrocedían, tratando de calmar la situación, pero el dique de la razón se había roto en mil pedazos. La corriente de emociones desbordadas, la perplejidad y el terror avanzaban como un torrente imparable, y los soldados mismos eran empujados.

Una sola bomba había sacudido la ciudad real de Lakrios como si fuera un cataclismo.

—¡¿Qué, qué, qué...?! —Incluso el Rey Lakrios abrió los ojos de par en par, como si se le fueran a salir las órbitas.

Aferrándose rápidamente a la barandilla de la torre tambaleante, logró mantenerse en pie, aunque su mandíbula abierta no regresaba a su posición. La escena bajo sus pies parecía, precisamente, la ruina de un paraíso eterno. Una enorme cantidad de sudor le brotó repentinamente.

Esa era la prueba misma de lo que significaba la existencia del «General Minos».

El nombre de «El Señor del Trueno» era absoluto, tanto que provocaba que el pueblo arrojara su calma por la ventana. El general invicto era el pilar emocional de esta tierra y la piedra angular en el corazón del pueblo.

—¡E-es falso! ¡¡Ese no puede ser el yelmo del general...!!

Ante la situación incontrolable, el comandante de los caballeros levantó la voz. Sin embargo, a pesar de su señal de desesperación, Argonauta no se inmutó en lo más mínimo.

—¿Acaso no puedes ver este emblema de trueno grabado en el casco? ¡Es la prueba inconfundible de que este es el equipo de El Señor del Trueno!!

—¿Qué...?!

Al contrario, con esta «prueba física», él había bloqueado cualquier posibilidad de objeción. El emblema ensangrentado grabado en el yelmo que sostenía Argonauta cerró la garganta del comandante de los caballeros.

—Eso es... ¿acaso es...? —Feena, atónita, miraba la plaza envuelta en gritos de horror. Sus pensamientos volaron hacia el pasado mientras contemplaba el yelmo enorme que su hermano aún mostraba a la multitud.

*«Una armadura robusta, un casco marcado con el emblema del trueno, cadenas envueltas alrededor, y un enorme hacha de guerra...»*

Esas eran las palabras mencionadas en los yermos de Karunga:

*«Un general sin igual, el que ruge como trueno escarlata, el Señor del Trueno. Rompe los yelmos, abre su mandíbula y devora carne humana con su boca...»*

Era el poema espeluznante que el bardo elfo había recitado. La imagen del yelmo ensangrentado que vio en aquel cañón, el que llevaba el «Minotauro», se superponía perfectamente con la escena frente a ella.

—...¿Ese es el yelmo de aquel momento...?! —Feena no tuvo más remedio que admirar la habilidad de su hermano para hurtar semejante artefacto.



—¿Entonces fue al arsenal del castillo para encontrar el yelmo recuperado? —Crozzo, a quien habían compartido información sobre el Minotauro, sonrió con entendimiento. Todo había sido una estrategia para cambiar la dirección del viento en toda la ciudad real, y para llevar ese paraíso al «culmen del caos» con una simple y cruel jugada.

—¡El General Minos fue derrotado por el minotauro y murió frente a mí! ¡Y todo fue por proteger a la princesa hasta el final!

La lengua de Argonauta, que había manipulado tantas aldeas y personas, se sumergió en su verdadera esencia, creando una historia que resonaba como verdad y sorprendía a los oyentes.

Una persona normal no tenía forma de discernir la verdad de la mentira. No sabían nada sobre el General Minos, ni siquiera habían visto su aspecto.

*«El protector que siempre corre al campo de batalla para resguardar la capital.»*

*«No hay día que no luche para detener la invasión de monstruos.»*

El Rey Lakrios y otros habían vinculado su ausencia en la ciudad con su valentía, promoviendo historias heroicas. En esta era oscura, el hecho de que existiera este paraíso hacía que nadie dudara de la existencia del héroe. En realidad, el toro salvaje controlado por cadenas había seguido eliminando enemigos, y la paz que disfrutaban proporcionaba al pueblo la máxima realidad tangible.

Además, ese secreto absoluto se convirtió ahora en un terrible enemigo. La fuente de juicio del pueblo dependía únicamente de las reacciones del rey y de los soldados. Al ver la consternación en los rostros del comandante de los caballeros, surgió en el corazón de la multitud la vívida duda de que «tal vez, realmente...».

*¡E-es imposible...!* El corazón del Rey Lakrios estaba en un tumulto. Que el orden en la capital, ese «paraíso», se volviera tan

inestable como un castillo de naipes, todo por una «mentira descarada» era impensable. En una situación normal, una acusación de esta índole no habría provocado tal caos.

Si el pueblo no se hubiera reunido en un solo lugar, y si el ambiente de emociones intensas provocado por la ejecución pública no estuviera siendo utilizado, el Rey Lakrios habría actuado con rapidez para calmar la confusión.

¡Todo esto no habría ocurrido sin esa «dramática» actuación sorpresa del payaso!

—¡Po-por supuesto que es mentira! ¡¡Eso de que el General Minos ha muerto es... una pura falsedad!!

El Rey Lakrios, inclinándose desde la torre y esforzándose al máximo, levantó la voz para intentar calmar esa tormenta absurda.

—¡Entonces, oh rey! ¡Llame al General Minos! Que él venga aquí y capture a este insolente que propaga falsedades; que venga el feroz general de nuestro paraíso.

—¡¿.....?!

Argonauta, como si hubiera estado esperando esas palabras, se giró, bajó el yelmo, puso la mano derecha sobre su pecho, extendió el brazo izquierdo, y lanzó una súplica intensa hacia la torre. El rey se quedó finalmente sin palabras.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no lo llama? ¿Qué le impide hacerlo? ¡Si es realmente el trueno que ha protegido esta ciudad, debería llegar aquí, venga de donde venga!

Esas palabras, recitadas con precisión, atraparon la atención del pueblo.

—¡Sí, su majestad! ¡Llame al General Minos!

—¡¡Que capture al criminal de una vez!!

—¿Por qué no lo llama? ¡¿Por qué titubea?! ¿Acaso...?

—¿Será cierto que el general realmente...?!

La multitud, viendo al rey inmóvil e incapaz de responder, comenzaba a llenarse de desesperación.

—¿.....?! —Como si hubiera recibido una flecha, el Rey Lakrios abrió desmesuradamente los ojos, inyectados en sangre.

*¡No puede llamarlo! ¡Ese «General Minos» nunca ha existido en este mundo, para empezar!* Dentro de su cuerpo, envuelto en escalofríos y una sensación de ardor, Garms rugía en silencio.

*Todo es la grotesca máscara que el monstruo lleva puesta. Si se revela, el fin aguarda para esta capital y para el propio rey.* Atónito ante la habilidad del payaso y apretando el puño, Yuri sintió una extraña afinidad con el pueblo llano. En medio del drama de esa inesperada vuelta de los acontecimientos, Argonauta seguía actuando como un actor consumado, utilizando hasta la última palabra y cada gesto.

—Sí, lo entiendo, ¡claro que lo entiendo, oh rey! ¡La angustia que debe sentir por esconder la ausencia de un fiel servidor! ¡Su deseo de no preocupar a su pueblo! ¡Su espíritu es sin duda el de un verdadero soberano!

Argonauta cerró los ojos, inclinó exageradamente la cabeza y asintió varias veces, fingiendo comprender profundamente. Al verlo, Feena no pudo evitar esbozar una sonrisa.

*¡¡Qué descarado!! ¡Aunque sea mi hermano!*

Sin embargo, quien se dejaba llevar completamente por la emoción, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillando, era Ryuulu.

*¡Pero qué maravilla! ¡Este es, sin duda, su espectáculo en solitario!* Sintiendo la tentación de arrojar su sombrero al aire en un arrebató, miraba con intensidad al joven que dominaba el escenario.

—¡Miren! ¡El rey está paralizado, los soldados están desconcertados, y hasta el pueblo entero está ahora cautivado por

cada una de sus palabras! —Riendo como un niño, Ryuulu comprendió que él también había sido atrapado en el «teatro» de Argonauta.

El rey era el enemigo en lo alto de la torre. Los soldados eran torpes bailarines que se movían sin rumbo. El pueblo era la orquesta, obligada a seguir la tempestuosa sinfonía del trueno. Y él mismo... bueno, él era el narrador de esa farsa.

Arriba, el único verdadero espectador era el cielo, que miraba la escena. El vasto azul los bendecía, la luz del sol iluminaba al gran payaso que se hacía llamar «Héroe».

—Ja, ja... ¡Ha cambiado el «guion»! ¡Ha torcido el siniestro «plan» del rey en su propia «historia»! ¡Y lo ha hecho utilizando este lugar donde se reunió toda la gente de la capital!

El payaso danzaba, tejiendo la ópera perfecta en la que arrastraba tanto a enemigos como aliados.

—¡Este es... el verdadero Argonauta! —El bardo lanzó un aplauso en honor a la brillante actuación de Argonauta.

—¡.....! ...¡¡Muere, payaso!!

La intensidad de la ópera que se desplegaba allí provocó que Elmina ardiera en frustración. Las marionetas, que deberían haber muerto de forma miserable junto con su hermana, habían tomado los hilos de las manos de ese rey patético y ahora se descontrolaban. Al principio, la amazona había observado sin emoción, luego había quedado perpleja ante el trueno que surgió, y finalmente, se había sentido anonadada por el brillante espectáculo de Argonauta. Sin embargo, ya no podía seguir tolerándolo, y se lanzó al ataque.

Ésta era la intervención de la asesina que Argonauta había temido. Pura violencia que ni siquiera el poder del trueno podía dominar. La cuchilla asesina se dirigió al cadalso, buscando destruir la farsa.

—Ahora mismo, estamos en la mejor parte.

—¿¡Qué!?

Pero el ataque fue detenido. El «amigo» del payaso se interpuso.

—Así que, mejor quédate quieta, ¿quieres?

—...¡¡Malditoo!!

El choque entre la gran espada y la espada oscura resonó en el aire. Crozzo, con su brillante espada roja al hombro, apareció de repente frente a Elmina, quien gritó enfurecida. Ambas figuras se desdibujaron, enzarzándose en una feroz lucha que destellaba en rápidos intercambios de golpes.

—¡¿De verdad ha muerto el general Minos...?!

—¡Oh, no, ya se acabó todo para la capital...!

A la derecha de la plataforma de ejecución, en las sombras de la escena, la furiosa batalla se libraba en secreto. Pero incluso el ruido de las espadas chocando se desvanecía bajo el estruendo continuo de gritos y llantos de la multitud.

Justo cuando el pueblo comenzaba a hundirse en la desesperación, el trueno volvió a resonar.

—¡No se dejen llevar, ciudadanos! ¡Aquí está quien ha heredado la «voluntad» del general!

Una figura, espada en mano, se alzó iluminada por la luz, irradiando fuerza y valentía. La multitud, fascinada por su porte heroico, dirigió sus miradas hacia él. Argonauta proclamó con voz firme, llevando una nueva esperanza.

—¡El general me lo dijo! ¡Al presenciar sus últimos momentos, me pidió que me prestara para rescatar a la princesa! ¡Yo soy su heredero!

—¡¡Puras patrañas!! —Desde luego, el bardo elfo estalló en carcajadas—. ¡Mentiras y más mentiras! ¡Es tan descarado que resulta refrescante!

De la desesperación a la esperanza. Un cambio que incluía, además, la limpieza de su propio nombre. Con el giro de la trama y el vaivén de las emociones, todos los ciudadanos quedaron completamente deslumbrados.

Ryuulu ya no pudo contener la risa, y con un movimiento firme, hizo rebotar el ala de su sombrero emplumado como si chasqueara los dedos.

—¡Pero el rey no puede detenerlo! ¡¡Es el escenario de él y sólo de él!! —Los ojos del elfo se dirigieron hacia la pequeña torre. Allí, el Rey Lakrios, aferrado con ambas manos a la barandilla y con el cuerpo inclinado hacia adelante, parecía a punto de caer.

—¿¡..., ..., ...!/? —Intentó hablar una y otra vez, pero las palabras nunca tomaron forma. Controlado por el shock, el desconcierto, la prisa y el temor, el viejo rey no podía hacer nada para detener el espectáculo de Argonauta, tal como había dicho Ryuulu.

Si hubiese podido detenerlo, ya lo habría hecho. Pero el simple hecho de no poder convocar al «General Minos» en ese instante lo convertía ya en un monarca digno de lástima, en otro personaje más de la obra.

—¡No diré más! ¡Pero que el rayo que envuelve mi cuerpo sea la prueba de la voluntad del general! ¡El gran poder de «El Señor del Trueno» me ha sido legado!

Un relámpago brillante emergió de la «Espada del Trueno», capturando las miradas del pueblo. Yuri, quien se encontraba deteniendo a los soldados que intentaban irrumpir en el cadalso, sonrió con sarcasmo.

—¡Vaya palabras está usando...!

—¡Patrañas! ¡Puras patrañas! ¡De seguro es una historia improvisada sobre la marcha! —Garms compartía el mismo sentimiento. Junto a Yuri, atrapaba a los soldados con sus brazos

fuertes y los lanzaba mientras esbozaba una sonrisa de desprecio—. ¡Pero en los oídos del pueblo...!

Observando de reojo la batalla de Yuri y los demás, Feena recorrió con la vista los alrededores desde el cadalso. Tras un breve silencio, el «viento» comenzó a cambiar entre la multitud, como si una ola de personas girara en una nueva dirección.

—¿El heredero del general Minos...? ¿De verdad?

—Mira ese rayo... parece el verdadero «Señor del Trueno»...

Las miradas dirigidas hacia el cadalso, los ojos que reflejaban al joven con la espada, se encendieron de confianza y esperanza.

—¡Por lo tanto, se los prometo! ¡Así como me ven aquí, yo salvaré a la princesa Ariadna!

En el instante en que Argonauta lanzó su grito, «¡¡Ooooooooooh!!». Un rugido estremeció la plaza frente al castillo. Los abucheos y los gritos de desesperación que habían resonado hasta hacía un momento se transformaron en un estruendoso clamor.

Los ciudadanos de la capital reconocieron a Argonauta como el heredero de «El Señor del Trueno».

No se podía llamar tonto al pueblo.

Argonauta, quien manipulaba el rayo, era en ese momento sin duda un portador de lo místico, un mensajero de la fantasía, y la encarnación de la «esperanza». Su voz, su apariencia y aquel relámpago deslumbrante creaban una «figura» casi sobrenatural que, ante los ojos de la gente ignorante, se reflejaba indiscutiblemente como un «Héroe».

—...el «Diario del Héroe»... —Olna, cautivada sin darse cuenta por la euforia que bullía por toda la ciudad y por la escena que tenía ante ella, murmuró en voz baja—. La crónica de un hombre... La historia de un tonto que fue engañado por otros, utilizado por el rey,

y llevado de un lado a otro por los intereses de muchos... una historia ridícula...

Era el modo de vida de un payaso, una vida que incluso ella misma había descrito antes. Al mismo tiempo, era el camino lleno de desafíos y aventuras de un joven que ella había observado con atención.

—Con la ayuda de sus amigos, con un arma entregada por los espíritus... y, sin planearlo, acabará rescatando a la princesa en una gran «comedia»...

El hombre siempre llevaba un libro consigo. Sin importar cuán trivial fuera, llenaba las páginas con palabras, registrándolo todo. Parecía como si, algún día, toda aquella «trayectoria» culminara ahí, en aquellas páginas.

...Tragedias y horrores no hacen falta.

...Basta con una «comedia».

Recordó las palabras que el joven había dicho justo antes de llegar a la capital.

—Argonauta... tú... —La joven, con el corazón y los ojos palpitantes, susurró lo que había comprendido en su «esencia»—. ¿Pretendes convertir toda la cadena de desdichas de este país... en una «comedia»?

No hubo respuesta.

No hubo contestación.

El payaso continuaba cantando y danzando. Por lo tanto, lo único que el Héroe mostraba era una cosa: el inicio de una larga comedia.

—¡Esta es solo una historia sobre vencer al feroz toro, al «Minotauro»!



Y así, Argonauta dio el golpe final.

Frente al cadalso, sosteniendo la Espada del Espíritu dorada, Argonauta proclamó:

—¡Así es! ¡Solo se trata de vencer a una bestia! ¡Pero con este paso, la humanidad avanzará! —Rugió, acompañado por el trueno que resonaba hacia el cielo y la tierra.

—¡Por favor, háganme una promesa! ¡Cuando este «gran logro» se cumpla, que todos juntos tejerán este «mito heroico»!

Ese era el inicio de la esperanza que el hombre había soñado. Era el primer paso para disipar la desesperanza y transformar el mundo en un «mito» renovado. El joven, renacido junto a un reino perdido en llamas, dedicó la llama de su vida al libro de heroísmo que lo había salvado.

De un insensato a un necio.

De un necio al mundo.

Del mundo al futuro.

El mito giraba de nuevo. El joven juró continuar el legado de los antiguos héroes y convertirse él mismo en una nueva página de la historia.

—¡La era de lamentos y desesperación ha terminado! ¡Lo que comienza ahora es la «Era de los Héroes»! ¡Es el momento de encender la chispa de la humanidad y contraatacar!

Los que no sabían nada lo tomarían como grandilocuencia.

Como un mero sueño necio.

Pero los que escucharon esa declaración en aquel lugar dirían:

Era una promesa suprema.

Cuando el hombre lograra vencer a la «Bestia Toro», el pacto se cumpliría. El mundo despertaría y gritaría en reconocimiento a su hazaña desde este pequeño paraíso, en la esquina del continente.

El guía estaba allí.

—¡Desde este momento, yo seré «la nave de los héroes»! Así que, ¡por favor! ¡Sigan mis pasos! ¡Oh, valientes guerreros!

Se prometía un «gran viaje». Un viaje heroico hacia el horizonte iluminado que esperaba miles de años después. La ancla se izaba y la bocina del barco resonaba.

¿Había alguien dispuesto a seguirlo?

¿Quién abordaría?

¿Quién se presentaría para presenciar la leyenda?

...Ya estaba decidido.

—¡Prometemos seguirte! ¡Juro que el fuego heroico no se apagará jamás!

Dijo un enano.

—¡¡Juro por mi honor que haré escuchar el rugido de los débiles a los poderosos aún dormidos!!

Dijo un hombre lobo.

—¡Lo juro por mi nombre! ¡Llevaré tu «historia» hasta los confines del mundo!

Dijo un elfo.

Con el rugido de fuerza, el grito de juramento, las cuerdas de la lira del viento tocando, levantando el puño, moviendo la cola, sujetándose el sombrero, subieron por la escalera del barco y saltaron al puente.

Aquellos que detuvieron a los soldados, derribándolos para evitar que llegaran al cadalso, el barco de los héroes grabó una sonrisa.

Ahora solo quedaba cantar y bailar.

—¡Está bien! ¡Entonces, dioses, observen con gran atención!

Los habitantes del paraíso que presenciaron cómo zarpaba fueron testigos, y este lugar era el epicentro.

El pueblo, temblando sin saber por qué, derramando lágrimas de sus ojos, elevaba sus gritos hacia el viaje en barco.

—¡Con este momento, abriremos paso a una nueva era!

Se escucharon las canciones de bendición.

Era una «comedia» que llevaría al mito.

El «Héroe» liberó la orden hacia el mundo.

—¡¡Yo soy el Héroe de los Comienzos!





En ese día, en ese momento, en ese lugar, definitivamente se escuchó una «voz» desde los cielos.

Era el sonido de una risa a carcajadas.

Riendo a carcajadas, dios se retorció de la risa.

El gobernante del cielo, al escuchar la «declaración de guerra» de aquel hombre, le respondió.

«Inténtalo.»

La respuesta del payaso fue solo una.

Así que, ahora...

Comencemos con la comedia.